



La tercera orilla IX



Introducción

En este trabajo haremos una comparación entre dos obras de autores que vivieron contemporáneamente y produjeron sus trabajos más importantes entre finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX: “La Vorágine” de José Eustasio Rivera y “Biografías Imaginarias” de Tomás Vargas Osorio. Realizando un análisis de la realidad a través de la literatura abordaremos el tema de modernismo sin modernidad.

El impacto del modernismo sin modernidad en los autores y en sus obras, hecho que en mi opinión comparten Rivera y Vargas Osorio, aparece implícito en toda la construcción de la poética de sus discursos literarios.

Trato de relatar lo que a mi modo de ver implica el modernismo sin modernidad como una contradicción implícita en las vidas de nuestras gentes.

Este escrito estará marcado por los hechos de la naturaleza, del territorio como personaje en las obras de los autores, entendidos ellos como parte de la historia épica de la colonización campesina, en el marco de la construcción de la Nación colombiana, desde la experiencia de los excluidos, todo a propósito de ese modernismo sin modernidad que nos determina desde el nacimiento de la República.

Agradezco a Terry Eagleton que me haya adentrado en el marco del análisis literario.



Foto fundacional de Barrancabermeja.

Tomás Vargas Osorio y José Eustasio Rivera: en la Mitad de Dos Mundos

Tal vez este escrito sea sólo una divagación por cosas que he pensado siempre, pero que no me había atrevido a escribir.

Escogí la foto que precede este capítulo -es de la colección fotográfica de ECOPETROL-, porque puede mostrar, como ninguna otra que haya encontrado por ahora en relación con el Magdalena Medio y el nacimiento del enclave petrolero de Barrancabermeja, lo que significa un proceso fundacional. La fundación de una Nación que tal vez aún no concluye (algunos dicen que nunca será posible terminar esa fundación), porque metrópoli y colonia son dos caras de una misma moneda.

Es allí, en ese lugar que no es ni de un mundo (o sea de la modernidad), ni del otro mundo (ni de la no-modernidad) donde quiero colocar la comparación de las obras de Tomás Vargas Osorio y José Eustasio Rivera. Para poder iniciar la práctica de hacer un análisis literario desde el enfoque de los estudios literarios me apoyé en una obra de un escritor irlandés llamado Terry Eagleton.

Vuelvo: repito, ese que ilustra la fotografía inicial es el escenario en que coloco las obras de Tomás Vargas Osorio y José Eustasio Rivera para un análisis que llamaré “en la mitad de dos mundos”.

Aclaro que digo no-modernidad porque ya no puedo hablar de un país indiano, no puedo hablar de un país mestizo, no puedo nunca hablar de un país blanco, haciendo referencia a las culturas que hacen parte de nuestra patria, pues somos una mezcla de todo eso... en un proceso inacabado... y ese “inacabado” es lo que caracteriza ese modernismo sin modernidad del que hablo en la introducción de este trabajo.

No lo digo yo, no creé esas categorías de análisis sociológico/político/cultural, muchos autores hablan del modernismo sin modernidad. Una de las autoras que aborda este tema con mayor profundidad en varios escritos es la profesora Consuelo Corredor.

Los autores que hablan de esta categoría afirman que el país ha pasado por un proceso de industrialización a medias. La primera etapa de este proceso de industrialización se marca desde

comienzos del Siglo XX hasta 1945, y existe un segundo proceso que va desde 1945 hasta 1975. Antes de 1945, en donde la industrialización era incipiente y se basaba en la producción de bienes de consumo no durables, bienes intermedios y, en menor medida, bienes de consumo final, los cuales eran importados en su mayoría, si no en su totalidad. En aquella época la economía del país era básicamente agrícola y el proceso de articulación a la economía mundial se hacía por el sector exportador, v. g. caucho, cacao, petróleo, café.

Desde el punto de vista cultural este modernismo sin modernidad se caracteriza porque olvida que el desarrollo no debe ser solamente económico, sino que debe ser consolidación del Estado, es decir, cumplimiento de los derechos y deberes ciudadanos.

Ese “olvido” marca todo el proceso de construcción de la Nación, las contradicciones, la violencia, la fragmentación de la Nación, la ausencia de Estado en muchas regiones y en contra de muchas poblaciones.

Estos argumentos de carácter sociológico son importantes, pero para mí quienes pueden mostrar mejor, quienes pueden ejemplificar ese modernismo, si no modernidad, son los autores-as, de la literatura, no tanto la economía o el derecho, pese a que esa categoría nació por allá, en esos lares.

Puedo empezar diciendo que la economía de enclave es el escenario local y al mismo tiempo global, característico, que determina las vidas de los personajes que viven en las obras de uno y otro autor. La ruptura de sus vidas, los amores imposibles, son necesarios, a efecto de que, la economía prospere y se consolide un rudimento de Estado.

Por ello, leyendo a Vargas Osorio, venía a mi memoria “La Vorágine”, en imágenes de una manigua fatigosa e intolerable para los indígenas víctimas en la plantación, esclavizados y muertos a más no poder, empresarios y familias poderosas administraban el enclave cauchero.

El caucho, algo tan insignificante, pero sin el cual no hubiera sido posible el automóvil tal como lo conocemos, por tanto, no hubiera sido posible el capitalismo tal cual es. Empero, tales consecuencias económicas y políticas, representadas en la magnificencia de una cultura occidental fatua e indolente, aquella historia de horror y de dolor contada por Arturo Cova aparece en la introducción del escrito como perdida en los anaqueles de un funcionario público que recibe una quejas de tales.

Afuera, lejos del ritual administrativo, una guerra total y sin cuartel avanzaba sobre el territorio indiano, via del río Negro, del Apaporis y del mismísimo Amazonas.

Leyendo a Vargas Osorio vino a mi memoria luego Jorge Eliecer Gaitán, jurista, de los más brillantes, martirizado el 9 de abril de 1948, quien se hiciera famoso siendo parlamentario porque denunció “la masacre de las bananeras”, otro de nuestros hitos fundacionales. Su voz, y la templada voz de la literatura, no sólo en Vargas Osorio, sino en Rivera, se levantaron dignas para denunciar lo inenarrable. Así como si nada, los tres, y en su particular estilo, nos cuentan

como cualquier parroquiano, al bajarse de un tren o al bajarse de un caballo, se pudiera haber encontrado de frente con la acción sin contemplaciones de la globalización, entonces llamada modernidad.

Tomás Vargas Osorio y José Eustasio Rivera aportan una polifonía de voces secundarias, las que reunidas se convierten en una voz importante dentro de los textos. Cada una narra apartes de la historia y aportan una pieza del rompecabezas: pobre la “Señora Colombina”, tan rica en culturas, en paisajes, en recursos, pero tan pobre a la hora de administrar su fortuna.

Esa polifonía conserva en las historias, como telones de fondo, varias acuarelas: las de la guerra, las del racismo, las de la desigualdad, las de la soledad, las de la alienación, las del patriarcalismo...

Correr, huir, viajar, la parábola del eterno desplazamiento, aparece clarita, en las páginas de ambos escritores.

Todo por culpa de una carretera, por culpa de una miserable llanta, a costas de la gurbia colosal de algunos que creen que son los dueños del mundo.

Imagino la cara que pusieron los contertulios de aquel personaje de Vargas Osorio cuando manifestó lo inconveniente de la construcción de una carretera.



Tomado de Pinterest.

Tal vez todos se miraron sorprendidos y a hurtadillas se burlaron; quién en ese entonces hubiera podido pensar en nuestro dolor contemporáneo.

Quién pudiera en ese entonces imaginar este hoy, que pareciera no llegará a un mañana. Un hoy que pareciera un nunca, un hoy que a lo mejor sea, un “¿hasta cuándo?”, un hoy envilecido por nuestros crímenes contra la naturaleza.

Las hormigas son otro tema común en sus historias. Particularmente me fascinan los insectos y aparte de ello en Colombia es frecuente convivir con las hormigas, hasta nos parecemos a ellas, en lo enjundiosos-as, trabajadores-as y golosos-as.

Sin embargo, hasta este ejercicio comparativo, nunca había reparado en ello, sólo hasta realizar el análisis de estas obras caí en la cuenta de ello.

En medio del sofoco y la manigua agreste, en la obra de Rivera, o en medio del solás y el descanso de una casa infancia en “Biografías imaginarias”, las hormigas marchan como Pedro por su casa, y de qué manera, las unas cerrando el ciclo de la vida, y las otras compartiendo el pan de nuestra casa.

Esta época está marcada por el contacto con la naturaleza. En el trópico la naturaleza es todo un personaje, un personaje al que los autores le ponen temperamento y trabajo.

¿Cómo imaginar una infancia maravillosa sin un paseo por el río? ¿Cómo encontrar un pasaje de erotismo perfecto sin la afinidad con los sabores y los colores de nuestro trópico?

Lo que igualmente es imposible sin conocer el vaivén de una hamaca colgada a la sombra de un árbol mágico, de personalidad arrolladora. Porque en el trópico, en nuestro trópico, hasta los árboles tienen su personalidad.

Si algo tienen en común las obras de los dos autores es la caracterización que realizan de la naturaleza de los colombianos y las colombianas, el estoicismo de quien nace en Santander construyendo un mundo contra la aridez de su paisaje, o ese mismo estoicismo frente a la selva virgen, porque Tomás Vargas Osorio caracteriza muy bien a las personas de ambos escenarios, el del Santander andino y el del Magdalena Medio.

Sólo esa fuerza espiritual mantiene la esperanza en los personajes de ambas obras, por un mundo mejor. Cómo imaginar un desamor insoportable sin describir una tremenda tempestad, ello solo es posible porque los aguaceros de aquí no son como los de ninguna otra parte.

Ese aguacero que se hace cómplice cuando se llora de rabia, de dolor y, sin más, es pretendible morir. El amor inconsesable, en medio de las dificultades de una lucha desigual y sin cuartel, donde todo parece lo que no es, para lo cual, ante una posible infidelidad, lo único posible es prender fuego a todo. Quemar la casa, a ver si así se calcinan los recuerdos, o mejor, irse “pa’ donde caiga”, como en la metáfora de Germán Castro Caicedo.

En estas tierras el amor, que debiera discurrir en libertad, debe estar sometido a todo tipo de avatares. El uno a huir, porque quieren casar a una mujer con un hombre que ella no quiere, y el otro, porque otra mujer ya le pertenece a un hombre que tácitamente ha aceptado, pese a que no lo quiere. Paradojas que coloca la vida.

En uno, la historia empieza feliz con un nacimiento, en la otra termina con un nacimiento, no sabemos si feliz, sin embargo, en ambos simbolizan la esperanza.

En ambas historias excepcionalmente, el amor-amor triunfa. A diferencia de lo que sucede con el amor pasión de -coloquemos un supuesto- Vargas Osorio, quien muere tras la ausencia de su prima, condenados ambos a la separación.

Triunfa el amor amor, en el amor de Adela y Juan, y paradójicamente en el de Arturo y Alicia, aun cuando no sepamos cual será su destino.

Triunfan unos amores, por decirlo de alguna manera, pragmáticos y no poéticos, aunque sea paradójico decirlo en este escrito.

Pues, las manifestaciones del amor son diferentes en los protagonistas de ambos autores, se manifiestan conforme a la personalidad de los personajes.

En Tomás Vargas Osorio los amores buenos o malos, todos son verdaderos, intensos, como un huracán. A todos se entrega como si fuera la primera vez, o la última.

En La Vorágine, los amores de Arturo Cova son medidos hasta el que siente por Alicia, por quien sólo es capaz de luchar al verla casi irremediabilmente perdida.

Todo ello solamente es posible en nuestro trópico legendario. Sólo desde el significado de cada vivencia el corazón se estremece, y todos los sentimientos se pueden expresar con la grandilocuencia que nos transmite la manigua feroz en que vivimos.

Por ello, nuestros héroes no son fríos, como Churchill, sino delirantes como Bolívar en el Chimborazo. Y como en la película, Bolívar es éste, éste y aquél; y nuestros artistas no son cuadriculados, sino exhuberantes como Obregón, como Jacanamejoy, como García Márquez, como Rivera o como Vargas Osorio.

Sin embargo, por alguna razón de la costumbre, ellos no pierden, por decirlo de algún modo, la influencia de las letras españolas. A cada protagonista, quijotezcós todos, le ponen su Sancho Panza.

En el caso de Vargas Osorio está un tal “Micho”, que se convierte en su “alter ego”, a quien considera casi un ángel, desamparado, desposeído, y al que convierte en el objeto de su más leal expresión de amistad.

En la Vorágine, “Don Rafo”, quien les informa que se despidan de la Cordillera, pues desde allí

ya no hay devuelta.

Todas estas historias que parecen de mentiras, porque son de mentiras, ya que son sólo literatura, se desarrollan en medio de un rumor que camina: la espesura. Esa selva, ese rumor que camina cuando en la noche guardamos silencio, manteniéndonos atentos y expectantes.

Por todo eso que somos, el enclave es toda una contradicción, la aplicación de un desorden a nuestra vida. Todo él, se hace insoportable para nosotros los nomodernos. Tanto producto cartesiano, tantos capataces, tanta pulcritud.

La vida en el trópico casi moderno, comienza a morir, y lentamente va desapareciendo, dando paso a otras vidas, otras realidades: La adultez que llama la modernidad. Una adultez, sin mayores derechos, una madurez en la cual, ni somos de aquí, ni somos de allá.

Los enclaves, son las señas, los símbolos, los hechos de la vida pujante de la metrópoli donde aquellas acuarelas de las que hace un rato, hablamos, se exhiben, sin vacilaciones, ostentosas. Con sus muchos capataces o sus muchos ingenieros, el mito occidental se consolida, mientras nuestra naturaleza muere. Y cuando hablo de naturaleza me refiero a la de afuera (la tierra) y la de adentro (el alma).

El contraste de las vidas de afuera, con las vidas del enclave, marca la existencia del hombre y de la mujer nomodernos. Buscan huir, escapar, correr, para sobrevivir, añorando siempre un afuera, ojalá, cada vez más retirado.

La vida de cada hombre, de cada mujer se va desintegrando lentamente, huyen sin lograrlo. Para eso están los señores de azul, entonces junto a nuestra naturaleza, esos, sus sueños, torpemente, sin entender siquiera por qué, tal vez, en una borrachera, mueren, algunos-as, siguen siendo muertos vivientes.

Todo en la vida de los que no existen, aparece roto; las historias van quedando por ahí, sin llegar a ninguna parte, el “destino” los entrega al azar, en la alienación de la conciencia, en el trasegar de lo que se ha dado por llamar “vida cotidiana”, o mejor, lo que en realidad es, la organización del tiempo a favor del enclave.

Tomás Vargas Osorio, nos arrima a su escenario. Nos cuenta sin contarnos, como nace la clase obrera colombiana.

En esa mar de contradicciones, esa complejidad de voces, esa polifonía social, nace el primer sindicato que se puede caracterizar como tal. Un sindicato que aglutinaba a los trabajadores de todo el Magdalena Medio; desde los más técnicos hasta las trabajadoras sexuales. Nace un

verdadero malestar en una cultura, un malestar que indica desde las entrañas, que se hacía necesario hacer algo.

Pero Tomás Vargas Osorio, sólo nos cuenta que al bajarse de un tren, unos señores vestidos de azul, mataron un poco de gente. No nos habla de las bananeras, no nos habla del sindicato, no es necesario. La metáfora, la imagen es suficiente.

El tema mas neuralgico, esta relacionado hoy y ayer con la propiedad de la tierra y las normatividades que la rigen las relaciones de trabajo de cada espacio/tiempo, en ambos casos, los nadie luchan contra la esclavitud y la servidumbre.

La Fedenal, antecesora de la USO_, el sindicato que ha sido referente en la lucha de los trabajadores colombianos, es de suyo, totalmente santandereana. Será por eso que Vargas Osorio nos cuenta esta historia?

Tomás Vargas Osorio, llega al Magdalena medio, sin querer queriendo, tal vez la política, tal vez su oficio de periodista, tal vez ya estaba enfermo, por su lado Arturo Cova, tiene otra causa consustancial, la ilegalidad de su relación con Alicia.

Es decir, son dos situaciones de vida parecidas. Ambas de obstinación, contra el feudalismo, contra la injusticia. Los conflictos de conciencia aparecen en relacion con los mitos religiosos de uno y otros, en “Biografías imaginarias”, el pavor a estar condenado por una relación “tabú”, con su prima, en la otra son los mitos indígenas, el yagué, sus imaginarios y costumbres, que son para los campesinos nada más que un desahogo.

Cada uno, tiene la presencia de sus dioses, uno disciplinario, y el otro festivo, pero a ninguno lo abandona la idea de trascendencia.

La arizca timidez crece a la luz de la superstición, dice en las páginas de “La Vorágine”, de esas supersticiones se aprovecha el capataz en el castigo. En Vargas Osorio, el Dios de sus padres es el ejecutor del “Tabú”.

El lenguaje del pueblo llano es, otro aspecto a rescatar en la escritura de estos dos artistas, el individuo colombiano popular, de las regiones que representan a través de dichos, refranes y coplas.

Bibliografía

Vargas Osorio, Tomás, *Biografías imaginarias*, Colección Estoraques, Ed. UNAB, Bucaramanga, 2002.

Rivera, José Eustasio, *La Vorágine*, Colección Bolsilibros, Ed. Bedout, Bogotá, 1963.

Eagleton, Terry; “Una introducción a la literatura” en internet, sección de obras de lengua y estudios literarios una introducción a la teoría literaria traducción de José Esteban Calderón, Fondo de Cultura Económica, pagina 18, México, 1986.

http://www.youtube.com/watch?v=iiXS_OUFPTI, Capitulo III de la cátedra de Lingüística, con la Profesora Yaneth Lizarazo, 2012.

Notas de clase de Filosofía II, Darío Botero, Facultad de derecho de la Universidad Nacional de Colombia. http://ecopetrol.com.co/especiales//Galeria_Barranca88_01/images/barranca_hs03.jpg

Unión Sindical Obrera.

En Colombia Amarga, Germán Castro Caicedo, narra como trabaja la aviación colombiana, en los que entonces se llamaron territorios nacionales, en donde las personas se subían a un avión, con un destino, sin embargo, el avión, era tan vetusto que al final el piloto decía, que el avión va “pa’ donde caiga”.

http://ecopetrol.com.co/especiales//Galeria_Barranca88_01/images/barranca_hs03.jpg

Empresa Colombiana de Petróleos, “ECOPETROL”.

Eagleton, Terry: “Una introducción a la literatura”, en internet, sección de obras de lengua y estudios literarios, una introducción a la teoría literaria traducción de José Esteban Calderón, Fondo de Cultura Económica, página 18, México, 1986.

